

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Lunes 6 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

UNA MARAVILLA DE LA NATURALEZA.

Era el 26 de Agosto cuando salimos de Palma á las dos en la diligencia de Artá, á cuyo pueblo llegamos á las once de la noche. Descansamos hasta el amanecer y emprendimos de nuevo la marcha hacia la gruta que es un palacio de la naturaleza y puede decirse una maravilla. Jamás obras naturales han sorprendido con igual modestia al observador, y en el silencio de una noche eterna le han ocultado por una serie de siglos innumerables, tantos misterios y maravillas como las que encierra esa gruta cuya fama es conocida en las naciones más cultas, por haber sido la admiración de cuantos españoles y extranjeros la han visitado en el presente siglo.

Pocos años hace que el acceso era tan difícil y espuesto, que eran muy pocos los que se atrevían á penetrar en las últimas concavidades de esa maravilla. Gracias á algunas obras que se han hecho, puede hoy visitarse cómodamente y sin el peligro que aterraba á los más intrépidos.

A las dos horas de mal camino nos apeamos del coche, atravesamos una planicie cubierta de arena, y subiendo y bajando por una estrecha senda entre las inmensas moles de una cordillera, que amenazan desplomarse sobre el viajero, y el abismo del mar, descubrimos la entrada de la gruta «Cueva de Artá» que era el objeto de nuestro viaje. ¡Qué vista más imponente la de su entrada que mide cien varas de largo y veinte y siete de ancho con una altura proporcionada! No es la estación del estío la más á propósito para visitarla y ménos la del invierno, sino los meses de abril y mayo, prefiriendo, si es posible, las expediciones que suelen hacer los vapores que salen de Palma y regresan el mismo día. El calor era asfixiante, el cansancio y la fatiga nos hubieran hecho arrepentir de nuestro viaje, si

la vista de aquel palacio de ciclopes, ó gruta de hermosas hadas, ó de aquellos campos Eliseos y del negro tartaro que describen Virgilio y Dante, según el punto de vista que se considera, con su ancha escalinata cuyo techo son los montes y sus alfombras la mar, no hubiesen alentado nuestra curiosidad y excedido nuestras esperanzas de gozar bellezas. Cuando nada se había visto, cuando no habíamos sentido aún el pie sobre la grada que da acceso á la bóveda de arco apuntado que refleja en sus cristales los hermosos rayos de la luz del día, ya exclamaban todos los viajeros que daban por bien empleado su tan penoso y largo viaje.

Aquí puede la ciencia prehistórica, el geólogo estudiar el laboratorio de la naturaleza, y el arquitecto y el más hábil cincel admirar bellezas y reproducirlas.

Ni un sonido, ni una voz, ni un rayo de luz natural, ni el curso de los astros hace conocer en su interior lo que es el tiempo: las horas son allí siglos, y todo yace en silencio y en oscura noche. Sin embargo, una gota de agua que apenas se percibe ha podido condensar tantas moléculas y formar tantas obras de rara belleza y caprichosa arquitectura. ¡Lástima grande que no se ilumine con luz eléctrica para poder apreciar el conjunto de cada estancia! Pero no; tal vez el pánico no dejaría gozar de aquella perspectiva tan colosal y atrevida. Millares de estalactitas que remedan los artesonados techos de los antiguos alcázares harían ver la espada de Damócles suspendida sobre la cabeza del espectador, y una simple vibración, un ruido que se produjese pudiera causar el desprendimiento de aquellas moles y columnas cristalizadas, sepultándonos en el abismo de aquellos ántros, tan lejos é inaccesibles á la humanidad.

El que sienta arder en su mente la llama del genio artístico, no podrá menos de ver todas las escenas que describe el divino Dante en el canto II de la más bella de

sus creaciones. Varias estatuas, unas en actitud suplicante, otras risueñas; esta trágica y desesperada; aquella mística y tranquila como las que gozan de la dulce paz de los campos Eliseos; de aquella teogonía mitológica que cantó Virgilio; un hermoso templo con tres arcos de entrada y sus intercolumnios y cornisas; sillones, órganos, cuyos cilindros figuran la sonora tubería con acordes musicales por quintas y octavas; docoletes, tiendas de campaña con franjas y adornos muy primorosos, animales como el león y el águila; columnas bicolores que pudieran por la sencillez y gracia servir de modelo á las que el arte nos ha legado en las obras bizantinas; otras más elegantes y fastuosas forman un conjunto de canastitos de flores y hojas de acanto como el capitel corintio, y en delicada espiral que representa el orden salomónico se elevan á una altura considerable. Unos ingleses ofrecieron por una columna treinta mil duros. Entre una multitud de estalactitas se ven algunas arañas, y los muros están revestidos de mil labores, cortinajes, y banderas de tres decímetros de espesor por dos ó tres metros de superficie. También el culto católico ha querido tener allí su parte. Una estatua con un niño en brazos, que descansa sobre una columna, que pudiera llamarse la Virgen del Pitar, inspira un sentimiento religioso y arranca al corazón un himno de gratitud y de alabanza al Dios del Universo.

En el salón que se conoce con el nombre de las banderas se halla lo más notable. Figura el interior de una catedral y en medio su coro que coronan varias estatuas, bustos y jarros muy primorosos. A grande elevación las ojivas de la bóveda arqueada, banderas desplegadas, colgaduras con franja, millares de columnas, niños; sepulcros y para completar el terror y la ilusión, el guía desaparece por aquel laberinto de columnas, y va á tocar las campanas de aquella materia cristalizada, cuyas vibraciones y variedad de sonidos causan un placer inmenso y un

temor inesplicable. Allí tiene el silencio su lenguaje y su poesía. Es preciso llamar al conductor, temiendo una catástrofe, y no permitirle que interrumpa con más sonidos aquella paz sepulcral, que parece convenir en aquel santuario. Entonces, aunque el oído no oiga, el alma percibe el lenguaje misterioso y monumental que parece salir del coro y decirle: «¡Oh géneos de los mortales! las obras de Dios son infinitamente grandes. En esa oscuridad, la naturaleza, obediente á sus leyes ha formado tantas maravillas; ¡Y cuántas más no se ocultan á la vista de los mortales! Golpead la tierra en que afirmáis la planta y oiréis aun la señal de nuevas estancias. Creed en el poder supremo é infinito del Autor del Universo. Tal vez el árabe recorriendo los ardientes arenales y las vastas soledades de Menfis hará chocar su embieja lanza contra los sepulcros de los Farónes; y las soberbias pirámides no le dirán una palabra de lo divino: á lo más un eco sordo y quejumbroso herirá su oído para decirle: por aquí ha pasado una generación ciclopea, pero mortal y terrena como las obras que ha dejado. Podrá el artista visitar los templos de Oairis y de Diana y el Partenon y el Coloséum, y las estatuas de Milo y de Fidias, y también una voz mortal le dirá á lo sumo: por aquí ha pasado una generación artística y tal vez ilustrada; pero voluptuosa, altiva, ambiciosa y terrena: ella ha perecido y sus obras perecerán también aunque más tarde. Su principio es conocido, y su fin inevitable. ¡Quien es capaz de señalar los términos de nuestra existencia y el principio y la fuerza que nos impulsa! Podrá la ciencia descubrir mucho en sus análisis; pero así como la caballería de los grandes conquistadores cruzaba dilatados llanos y trepaba montes y vadeaba ríos y era contenida por los abismos del inmenso mar, así la ciencia cuanto más descubra tanto más hallará nuevos horizontes inaccesibles que serán un motivo irrecusable para humillarse ante el Infinito, la Luz y la Verdad.»